



Animales en la poesía
Una selección

Animales en la poesía

Una selección



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Coedición:
Sistema de Bibliotecas y Facultad de Medicina**

Universidad de Antioquia

Mauricio Alviar Ramírez

Rector

Luz Stella Isaza Mesa

Vicerrectora de Docencia

Luis Hernando Lopera Lopera

Director del Sistema de Bibliotecas

Carlos Alberto Palacio Acosta

Decano de la Facultad de Medicina

Agosto de 2017

Edición:

Paloma Pérez Sastre, Facultad de Medicina

Luis Germán Sierra Jaramillo, Sistema de Bibliotecas

Ilustración de portada: Jhonatan Correa Henao. *The pink maze bed* (fragmento).

Tinta sobre papel, 2014.

Edición con fines culturales y divulgativos. Se publica el material con base en el artículo 32 de la Ley de 1982, dado el carácter académico y la divulgación gratuita del presente texto.

Animales en la poesía

La presente es una antología de poemas sobre animales que hemos decidido llamar así, simplemente, *Animales en la poesía*, distinto al título de Bestiario, que contemplamos inicialmente, debido a cierta generalización que, bajo ese nombre, reúne animales de toda índole, incluso aquellos pequeños animales que poco prefiguran un bestiario. Esta designación, justamente, designaría una reunión de bestias y estas están definidas, genéricamente, como animales de cuatro patas; entonces ello desmentiría —o se prestaría para equívocos— la selección que hacemos para la presente publicación, en la que se incluyen animales de toda índole: salvajes, domésticos y «naturales», término este último que uso ante mi ignorancia de uno mejor, y que se refiere a aves, a peces, a insectos, etc.: aquellos que de ninguna manera pueden designarse como

salvajes, pero tampoco son «domésticos», como sí lo son los perros, los gatos, los caballos, las gallinas, etc.

A veces vienen en esta selección, sin embargo, textos sobre seres extraños que son una especie de híbrido, de bestia, podríamos decir, como el gato y el cordero de Kafka, o el gato pájaro de Evelio Rosero, que resultan ser una invención de los autores, producto de la pura imaginación, como ocurre con *El libro de los seres imaginarios* de Borges y Margarita Guerrero, o con los bestiarios antiguos, que incluyen seres mitológicos. Pura literatura, pura creación, aquello que tanta falta les hace a los seres humanos: tan cuerdos, tan calculados, tan poco instintivos.

Los poetas, por razones en las que se incluyen la compasión, la solidaridad, el cariño, la animadversión, la a veces necesaria compañía, la complicidad o la misma condición animal —quien escribe es ya mismo, también, un animal—, se han referido en sus textos a

casi todos los animales (¿cuál faltará?) durante todo el tiempo en el cual es posible documentar o tener testimonio de la voz de la poesía.

No faltan los autores que se refieren a un determinado animal para crear una sátira política, como el caso del Tuerto López o de Elías Canetti, así como los fabulistas antiguos se valían de los animales para crear moralejas, adoctrinamientos. Hasta que Monterroso hizo lo mismo, fábulas, pero ahora para reírse de casi todo; su cuento más famoso por ser el más corto de la literatura tiene como protagonista a un animal (desaparecido, dicen).

Hay en esta selección animales bellamente extraños, productos de la mitología, como el «Kuyata» de Borges, o uno muy poco mencionado como la «Garcilla bueyera» de Beatriz Restrepo; pero hay muchos animales comunes y corrientes, de esos que nos acompañan desde niños, aunque muchos de ellos han desaparecido de

Poemas

las ciudades que habitamos hoy, unos por la hipócrita apariencia aséptica (so pretexto de limpiezas y descontaminaciones algunos animales han salido de calles y avenidas, para darle paso a una cada vez mayor cantidad de torres de apartamentos y de carros contaminantes y atascados; adiós a las vacas urbanas de Luis Tejada), y otros, simplemente, han huido ante la atornadora presencia de motores, pitos, música y gente. Burros, caballos, grillos, tortugas, pájaros, vacas, gatos, hormigas, gallos, cangrejos, ovejas, abejas y cóndores (o sus primos pobres, los gallinazos; uno de ellos —presentes siempre en los basurales y picoteando muertos abandonados— debería estar coronando nuestro escudo, por supuesto, en vez del escaso cóndor).

Son legión los poetas que en uno o en varios momentos de su obra mencionan a los animales o a algún animal en particular. Son muchos animales en muchos, muchísimos poemas. Ellos están por doquier en la pin-

tura, en las novelas, en los cuentos, en el teatro —quizás la obra más famosa en ese género de Chéjov se llama «La gaviota»— y, por supuesto en los poemas. Pero este cuadernillo quiere solo mostrar una selección un tanto casual.

Ya van varias ediciones, que realizamos entre el Sistema de Bibliotecas y la Facultad de Medicina, de una antología de poemas con un tema determinado. Hemos hecho la edición de selecciones de «Poemas de todos los días», «Poemas en el arte», poemas y árboles. Y en este mismo formato editamos, hace años ya, «Medio pan y un libro», el hermoso texto de Federico García Lorca sobre los libros y la lectura, que hemos repetido después ante la importancia del texto del autor español, por su gran acogida en diversos públicos lectores.

Llega a sus manos, agradecido lector, este nuevo título, de poemas sobre animales, con la esperanza de que sea leído con deleite y con la seguridad, sobre

todo, de que, por más buenos que sean los poemas, los tigres no se saldrán de estas páginas, ni las sirenas encantarán con sus cantos al lector para después asesinarlo, ni la serpiente de Baudelaire morderá la mano confiada que sostiene el cuadernillo de poemas sobre el variopinto mundo de los animales (ni moje al lector la amarilla serpiente de Fernando Herrera), imaginado por los también variopintos escritores.

Un homenaje, pues, al reino animal; a nuestro marchito reino.

Luis Germán Sierra J.

Kuyata

Según un mito islámico, Kuyata es un gran toro dotado de cuatro mil ojos, de cuatro mil orejas, de cuatro mil narices, de cuatro mil bocas, de cuatro mil lenguas y de cuatro mil pies. Para trasladarse de un ojo a otro o de una oreja a otra bastan quinientos años. A Kuyata lo sostiene el pez Bahamut; sobre el lomo del toro hay una roca de rubí, sobre la roca un ángel y sobre el ángel nuestra tierra.

Jorge Luis Borges, Argentina

Poema con caballos rojos

Se hunden en la hojarasca
caballos rojos
de una silvestre beatitud bañados.
Las frentes sin pelambre
buscan la madreperla de los troncos.
Mirad las erizadas nervaduras,
contemplad todo el trébol
coagulado en las patas.

Caballos rojos giran
en neblinosos cráteres.

Almácigos de fósforo en los tallos
absorben su agria espuma,
y se dilatan huecos
de terrores y musgo.

Los caballos se mezclan
a la mirada angélica del limo,

y giran todavía
acuosos como hierbas aplastadas.
Sus cabezas desprenden
la ahogada mansedumbre de la dulzura,
y el bosque los consume,
bebe de ellos, se apropia
de su crispado rojo.

Las patas, casi leños exudados
de viscosa llovizna,
dan su corola trágica.
El suelo está despierto como nunca.
¿Qué llamado se alza, qué lamento?
¿Qué coro quejumbroso busca un vínculo
con las voces disueltas?

Caballos rojos giran
en cenicientos cráteres.

María Granata, Argentina

Un cruce

Tengo un animal peculiar mitad gatito, mitad cordero. Es una herencia de las propiedades de mi padre, pero se ha desarrollado apenas en mi tiempo, antes era más cordero que gatito, ahora tiene de los dos la misma proporción. De gato, cabeza y garras; de cordero, tamaño y figura; de ambos los ojos, que son flameantes y dulces, la pelambre, que es suave y ajustada al cuerpo, los movimientos que combinan tanto el brincar como el ir a hurtadillas, al sol, en el alféizar de la ventana, se vuelve un ovillo y ronronea, en la pradera corre como un loco y casi no se le puede atrapar, huye de los gatos, quiere atacar corderos, en la noche de luna es la canaleta del tejado su camino favorito, no sabe maullar y tiene asco de las ratas, puede acechar horas junto al gallinero, pero aún no ha aprovechado una ocasión para matar, lo alimento con leche dulce, es lo que mejor

le sienta, a grandes tragos la sorbe entre sus colmillos. Por supuesto, es un gran espectáculo para los niños. La hora de visita es los domingos por la mañana, tengo en el regazo al animalito y me rodean los niños de toda la vecindad. Entonces se plantean las preguntas más extraordinarias, que no puede contestar ningún ser humano. Tampoco me esfuerzo, sino que me limito, sin mayores explicaciones, a exhibir lo que tengo. A veces los niños traen gatos, una vez incluso trajeron dos corderos; no se produjeron, en contra de sus expectativas, escenas de reconocimiento, los animales se contemplaron unos a otros con serenidad desde sus ojos de animal y aceptaron obviamente su existencia mutua como un hecho divino.

En mi regazo el animal no conoce ni el miedo ni el instinto de persecución. Arrunchado contra mí es como mejor se siente. Es fiel a la familia que lo ha criado. Esa

fidelidad no es algo extraordinario, sino el instinto correcto de un animal que en la tierra está emparentado innumerables veces, pero que tal vez no tiene ningún pariente sanguíneo, y para el cual es sagrada la protección que ha encontrado entre nosotros. A veces tengo que reírme cuando resuella a mi alrededor, se me enreda entre las piernas y no se quiere apartar para nada de mí. Como si no le bastara ser gato y cordero, casi que quiere ser perro. De verdad, creo seriamente en algo parecido. Tiene en sí la inquietud de ambos lados, la del gato y la del cordero, aunque son muy distintas. Por eso su pellejo le queda muy estrecho. Tal vez el cuchillo del carnicero sería una redención, pero se la debo negar por ser parte de mi herencia.

Franz Kafka, Checoslovaquia. Traducción de Selnich Vivas Hurtado

Insectos en la misa

Es a la siesta. Y en el comedor en penumbras no hay nadie. Y si estuviese alguno sentado no se notaría. Se oye una palabra diaria, pero dicha de un modo raro, como si una manzana en la frutera estuviera aprendiendo a hablar.

Lo central es el canastillo de claveles. Pero los claveles están fuera del canastillo, tendidos, seis a cada lado. Y parecen rojas cucarachas, tizones, jesucristos.

Esos claveles son los familiares ¿quién lo duda?, abuelos, padres, madres y madrinas.

Hay un vuelo y como si buscaran flores entran de golpe, insectos sexuales, gloriosos y temibles.

Ansían oídos, ojos, nariz, toda clase de bocas.

Las primas y amigas corren inútilmente a ocultarse abajo de la cama; se enredan en las colchas.

Poemas

Yo, por milagro, hallo las salidas.

Corro.

Ingreso en el peral.

Y ya vienen los grandes gritos de lujuria.

Prosigo huyendo de aquí para allá.

Hasta que se pone el sol.

Los árboles están fijos.

Y en la casa

ya ha pasado todo y nada.

Marosa di Giorgio, Uruguay

Gato casero

«Me agrada estar entre mujeres bellas.
¿Por qué mentir sobre estas cosas?
Lo digo una vez más:
Me agrada platicar con las mujeres bellas
Aunque no hablemos más que tonterías.
El ronroneo de las antenas invisibles
Es a la vez estimulante y delicioso».

Ezra Pound, Estados Unidos. Traducción de Ernesto Cardenal

El gallinazo gira sobre los árboles

El hambre dibuja
su marca en el cielo.
(Allá abajo reposan
los soldados muertos).

Pausados círculos
para todos los hundidos en el fango.
(Allá abajo miran fijamente
los soldados sordos).

Látigos del negrero.
Pueblo de ráfagas.
(Allá abajo yerran
los soldados verdes).

Lasse Soderberg, Suecia. Traducción de Javier Sologuren

La serpiente que danza

¡Qué gusto me da ver,
querida indolente,
en tu cuerpo tan bello
tal un paño cimbreante,
espejearte la piel!

En tu honda cabellera
de los aromas acres,
mar errante y fragante
de olas pardas y azules,
tal nave que despierta
al viento matinal,
soñados yo aparejo
hacia un cielo lejano.

Y tus ojos, ausentes
de lo dulce y lo amargo,

Poemas

par son de heladas joyas
que alían oro y hierro.

Al verte andar, cadente
el paso,
hermosa de abandono,
se diría serpiente
al cabo de un bastón,
danzando.

Cargada de pereza,
tu cabeza de niña,
oscila con blandura
de joven elefante,
y se inclina tu cuerpo
alargándose como
delicado navío
que se bandea y hunde
sus cuerdas en el agua.

Como ola que se colma
por glaciar derretido,
al subir la saliva
al borde de tus dientes,
¡un vino de Bohemia,
amargo y vencedor,
creo beber, un cielo
líquido derramando
mi corazón de estrellas!

Charles Baudelaire, Francia. Traducción de Javier Sologuren

El dragón azulado

Siete vocales
conducen a la luz.
La barca de oro
sobre las nubes
regresa la serpiente
perfecta, las doce alas
de la búsqueda
en ti, en mí,
en esta bocanada
de ventanas hacia el fondo
de lo que roza
el pensamiento
y sucede
sin que el tiempo
mida su golpe.
Deseo de saber

visión, temblor
en cada distancia.
Caída en la piedra
la oscura reflexión
del claro rostro.

Fernando Arbeláez, Colombia

A un perro

Todo es igual y lo mismo

Fenelón

¡Ah, perro miserable,
que aún vives del cajón de la bazofia,
—como cualquier político— temiendo
las sorpresas del palo de la escoba!

¡Y provocando siempre
que hurtas en el cajón pleno de sobras
—como cualquier político— la triste
protesta estomacal de ávidas moscas!

Para después ladrarle
por las noches, bien harto de carroña,
—como cualquier político— a la luna,
creyendo que es algún queso de bola...

¡Ah, perro miserable,
que humilde ocultas con temor la cola!,
—como cualquier político del día—
¡y no te da un ataque de hidrofobia!

Luis Carlos López, Colombia

Ciervo

Solo melancolía
del cuerpo al borde ya del precipicio.
Lejos, por la floresta, un ciervo pasa.

Giovanni Quessep, Colombia

Cervatillo

En la mitad del bosque, el agua inmóvil
abre su clara vocación de espejo
y escucha en torno a su frescura saltos
de remos presurosos, quebradizos
ruidos de ramas secas.

La armoniosa, selvática creatura,
acude a la ribera.

Caído en la tranquila superficie
ve del verano el cielo con las nubes
caminantes,
y sigue sorprendido el móvil blanco
del reflejo.

Por fin la sed le acosa y la premura
de sus belfos ansiosos interrumpe
la quietud cristalina.

Poemas

El estático tiempo de la linfa
se torna un juego sin final de anillos.

Meira Delmar, Colombia

Avechucho

Para Pedro Herrera

Hace cien años
Gauguin pintó
dos mujeres tahitianas
que recogían frutas
el fondo del cuadro
es un bejuco
de flores blancas y moradas
en el que canta un avechucho

Gustavo Adolfo Garcés, Colombia

Poemas

Necoclí

Quizás
el próximo instante
de noche tarde o mañana
en Necoclí
se oirá nada más
el canto de las moscas

María Mercedes Carranza, Colombia

Pez muerto

I

En sus escamas derrotadas
un eco de sangre y agua.
El sol moribundo palpita
sobre sus metales marinos
y su viscosidad transparente
no es otra cosa
que vida que se escapa.

II

Los pescadores tejen pacientemente
en el borde de la sombra.
Los cuerpos de sus mujeres despiertan
bajo la sabia caricia de sus dedos.

III

El ojo herrumbroso de un pez
sofocado por el sol
me mira desde más allá del tiempo:
su redondez inquietante
esconde todas las preguntas.

Samuel Jaramillo, Colombia

En el bosque, al lado del mar
orinas
una leve serpiente amarilla
se escurre presurosa
sacudiendo las secas hebras de pino

Fernando Herrera Gómez, Colombia

Sobre las colinas

el frío

En el bosque que entibia
el paisaje del ojo
camino como un duende
preciso y vago

El corazón de la madera
golpea con su mazo
y uno presente
y uno ausente
para ser dos
totalmente imprecisos

Sé que hay animales
—confío en lo que han dicho—

Hay armadillos
y pavas reventando en el bosque
confío en lo que han dicho

Javier Naranjo, Colombia

La perrita coja

Arrastra la patica trasera, encogida y seca, la perrita coja en la tarde lluviosa, con medio aliento, con paso corto, última en la fila de los perros callejeros que pasan latiendo. Va timbrando la calle en tres patas, con ritmo entrecortado, y cuando el repecho se empina, a poco lidiar, tropieza y pierde el paso de la perrería distante. Entonces se echa cansada en un arrimo de la acera, los ojos achantados y el rabo frío entre las patas, lamiendo, una y otra vez lamiendo, la patica renga.

Róbinson Quintero Ossa, Colombia

El loro

Este es otro.

Un marino tartamudo lo había dado a la vieja que lo vendió. Está sobre el descanso, cerca del tragaluz, allí donde se enmaraña con lo negro la bruma sucia del día color de los callejones.

Con un doble grito, de noche, te saluda, Crusoe, cuando, al subir desde las fosas del patio, empujas la puerta del pasillo y alzas ante ti el astro precario de tu lámpara. Él vuelve la cabeza para volver la mirada. ¡Hombre de la lámpara! ¿Qué quieres de él?... Miras el ojo redondo bajo el polen podrido del párpado; observas el segundo círculo como un aro de savia muerta. Y la pluma enferma se moja en el agua de excrementos.

¡Oh miseria! Apaga tu lámpara. El pájaro lanza su grito.

Saint John Perse, Francia. Traducción de José Antonio Gabriel y Galán

Giran, giran,
los halcones
y en el vasto cielo
al aire de sus alas dan altura.
Alzas el rostro,
sigues su vuelo
y en tu cuello
nace un azul delta sin salida.
¡Ay, lejana!
Ausente siempre.
Gira, halcón, gira;
lo que dure tu vuelo
durará este sueño en otra vida.

Álvaro Mutis, Colombia

Pájaros

Cruzan
el sosiego.

Tal vez
Encuentren
al que buscan.

Rafael Cadenas, Venezuela

Cangrejos en el Morrosquillo

Vivían en las ruinas del quiosco que tumbó el mar
al norte de los silos de Tolcementos
que afean tanto al Golfo.
Las maderas y las palmas
hacía tiempos habían sido esparcidas
por el agua y por el aire.
Solo quedaban piedras y cemento.
Los cangrejos que salían
de las grietas e intersticios,
pocos de día, numerosos
en las noches, bañados por la espuma,
sabían que solo había habido en este mundo
desde los inicios del tiempo,
la misma luz, la misma oscuridad:

una sola noche y un solo día
en aquellas ruinas que también se disolvían.

Tomás González, Colombia

Poemas

Garcilla bueyera
(*Bubulcus ibis*)

Se pasea sobre el lomo de los bueyes.
Mira como quien se asoma al paisaje
y cree, de veras, que es dueña de su destino.

Beatriz Restrepo Restrepo, Colombia

El burro

A veces rebuzna
Se da un baño de polvo
A veces
Entonces lo notas

De otra manera
Le ves solo las orejas
En la cabeza del planeta
Y él no existe

Vasko Popa, Rumania. Traducción de Dubravka Sužnjević

El gatopájaro

Me gustaría saber qué piensa. Con otros animalitos sería distinto. Podrían hablar, es decir: gesticular un único idioma; pero este no; es todo un ruido: habla en dos idiomas a la vez. Sería un imperdonable descuido extravíarlo. Es un perfecto gatopájaro, y a veces me mortifica: gira desesperado sobre su propio cuerpo y luego se desliza, brinca, lanza un maullido como un trino, lo toco levemente en las rodillas y grita, me mira con terror inesperado, no entiende que soy amigo, ni siquiera reacciona cuando le río, cuando le hago cosquillas en mitad de dos pelos y dos plumas. Un día trató de volar. Y otro día casi se come él mismo. Un exacto suicida. Dice mamá que se parece a uno que era mitad gato y mitad cordero. Me enfado peor. Es un gatopájaro, digo; inútilmente explico a mamá lo que ella no quiere entender. Ambos lo contemplamos, como la

primera vez: mitad cariño, mitad consternación. Dice mamá: «Pero si no es un gato, es gata, es una gatita». «¡Oh!», le digo irritado. Miro hacia donde indica mi mamá, y añade, solemne, limpiándose las manos en el delantal:

—Es gatopájara.

Luego mamá se queda pensando. Me mira directo a los ojos y me advierte, tajante: «Es gatopájara, y si queda preñada de un gato o de un pájaro, ya tú te encargarás».

Aburrido y sorprendido al mismo tiempo los abandono. El desolado perfil de mamá queda solo en el patio, frente al pequeño animal, ambos debajo de una lámina de hojas y raíces apretadas: es el cielo. Las nubes se remueven, no tardará en llover. No encuentro más alternativa y me siento a la mesa, con el periódico desplegado. Pero no leo ninguna noticia. Al poco

Poemas

tiempo llega mamá con un caldo humeando en la olla. Ambos nos entendemos, ambos comemos, con tranquilidad, sin cambiar una sola palabra.

Evelio José Rosero, Colombia

Bestia mía*

A saltos la bestia de mi amor desgarró el cielo

Fayad Jamís

A José Pérez Olivares

Los ajedrecistas acometen asaltos de su juego Allí el caballo moribundo entre las sombras del encendimiento de la torre desgarró al cielo con su lamento se reclina en su sangre y de su hocico mana un vaho de nostalgia la pradera de su inocencia la salvaje lejanía de su galope el pubis desnudo y las piernas sudorosas de la amada cabalgándole el redoblar de los tambores que le anunciaron la guerra Mi bestia se estremece «a saltos»

* Celebración al poema «A saltos» de Fayad Jamís, escrito en La Habana el 17 de diciembre de 1952.

Poemas

yo apenas me inclino ante sus ojos donde reposan el arroyo sagrado de su infancia un cúmulo de pueblos victoriosos y un ejército de guerreros alzados por el ímpetu de la libertad desbocada en su sangre Maravillas brotan de su herida Beso la testuz de mi bestia y relincha como el mar Sus crines aún se agitan por el viento Hermano llévame en su cabalgar mi bestia no quiere morir en esta noche de diciembre Enciéndete fuego entre sus cascos en la piel se crispará el amor como un acto de la devastación y de entre las cenizas y el polvo renacerá la yerba antes de que este juego de la realidad rompa el cayado Fuego muerde el sueño Beso los ojos de mi bestia

Daniel Día, Colombia
Bello, 17 de diciembre de 2001

Habla la vaca (fragmento)

Las ideas habían iluminado el cerrado testuz de nuestra vaca. Se levantó. Púsose de nuevo, como siempre, sobre las cuatro patas y se fue con ese aire satisfecho, indiferente, tonto, filosófico, feliz, inimitable que tienen las vacas ciudadanas cuando van por la calle.

Luis Tejada, Colombia

Poemas

Un pueblo de amos, su riqueza en perros, no hablan,
ladran órdenes, sus perros responden con frases
complicadas.

Elías Canetti, Bulgaria. Traducción de Genoveva Dieterich

La mosca

En su oscura armadura
la mosca común recorría el campo
de los dormidos muslos de Freia,
impertérritos ante la suave mano
que se movió vagamente
para poner fin a su ejercicio.

Y arruinó mi día—
que aquella mosca que jamás intentó
atraerla o agradarla
caminara descaradamente sobre aquel terreno
sobre el que tan intensamente había yo intentado
poner mis temblorosas rodillas.

Leonard Cohen, Canadá. Traducción de Antonio Resines

Una avispa sobre el agua

La superficie del agua es tensa
para una avispa,
es un sendero múltiple fluyendo siempre
como el tacto del tiempo
sobre la hondura quieta
de un corto espacio.

Corto es el tiempo
en que flota; corta
la distancia en que gira
por incesantes laberintos,
remolinos inciertos, llamas,
y transparencia
inextricable.

Coral Bracho, México

Hormiga y faraona

I

Para tu piel de madrugada,
quisiera ser hormiga balseando
la palma de tu mano.

II

Para tu piel de madrugada,
quisiera ser
la faraona en tus noches de ágatas,
la mujer de rojo que
alumbras con solo mirar,
la verde luna que besas
en la noche de abril,
un espejo que derrite

Poemas

la miel de tus ojos,
la blanca amor mío
vestida de azul nomeolvides,
danzando en tu mano,
la rosada amatista clamando
un sorbo de tu boca,
un verde jade
sediento de tu arista.

III

Para tu piel de madrugada,
soy el eco que persigue tu sombra.

Lucía Donadio, Colombia

Tulipanes rojos

Tulipanes rojos
que viven en su muerte
abochornados de azul selvático
tulipanes
que se vuelven alas
oídos del viento
conejos con los ojos en blanco
viento del oeste
que sacude el vidrio flojo
pétalos que caen
con ese sonido que uno
atiende

Denise Levertov, Estados Unidos. Traducción de Beth Miller

La mariposa

Ya la ceiba no existe
derrumbaron mi ceiba
se hicieron añicos los espejos
eché a secar mi río
y se escondió la luna.
Estoy vacía de deseos
mi espada
en su estuche de satén.
¿Por qué ahora
por qué
busca seducirme
la poesía?
Entró por la ventana
Y se posó en mi mano
la miré con nostalgia
se entreabrieron mis labios

Animales en la poesía

y con un leve soplo
la alejé.

Claribel Alegría, Nicaragua

El armadillo

Este es el tiempo del año
en el cual casi todas las noches
aparecen los ilegales, frágiles globos de fuego.
Ascendiendo la altura de la montaña,
mientras van elevándose hacia el santo,
honrado todavía en estas zonas,
las lamparitas de papel resplandecen llenándose de luz
que va y viene, igual que los corazones.

Una vez en lo alto, contra el cielo, es difícil
distinguirlos de las estrellas
o, para ser precisa, de los planetas, los únicos que brillan
en color:

Venus en descenso, o Marte,

o uno pálido y verde. Con el viento
flamean y vacilan, se tambalean y sacuden.
Pero navegan cuando hay calma, entre
las aspas de cometa de la Cruz del Sur,
retroceden y menguan con solemnidad,
nos abandonan gradualmente
o, en la corriente de aire de la cima,
giran de pronto peligrosamente.

Anoche cayó otro grande.
Como un huevo de fuego se rompió
contra el acantilado de enfrente de la casa.
La llama se precipitaba. Veíamos volar la pareja
de búhos que tenía el nido, hacia arriba,
arriba, sus círculos en blanco y negro
manchados por debajo de brillante rosa, hasta que
sus chillidos no se oyeron, fuera del alcance de la vista.

Poemas

El viejo nido de los búhos debe de haber ardido.
Completamente solo, precipitadamente,
un brillante armadillo dejaba la escena,
moteado de rosa, con la cabeza baja, y con la cola baja,
y después una cría de conejo salió saltando,
con orejas cortas, sorprendiéndonos.
¡Tan suave! —un puñado intangible de ceniza
con los ojos fijos y encendidos.

¡Demasiado bonito, como la imitación de un sueño!
¡Oh, el fuego cayendo y el penetrante grito
y el pánico, y un débil puño de malla
crispada e ignorante contra el cielo!

Elizabeth Bishop, Estados Unidos.

Traducción de Joan Margarit y D. Sam Abrams

Olvidadas ya la libertad y la floresta,
el pardillo enjaulado que me acompaña
picotea el grano, se refresca con agua,
y con una canción entretiene la vida.

Alexandr Pushkin, Rusia. Traducción de Víctor Gallego Ballesterero

Verdor

No son de animal salvaje
las pisadas
que rodean tu casa
esta mañana.

Cerca no hay gamos
ni osos
ni el bosque
se arrimaría hasta aquí.

Sin embargo,
alguien en la oscuridad
estuvo en vela
mientras
tú dormías.

ALGUIEN que pudo
sacar provecho

de tu fragilidad
y no lo hizo.

El rastro aún está fresco.

De actuar,
no habrías tenido salvación.

¡Nadie hubiera podido con fuerza tal!

Lo prueba
el violento verdor
que salta allí
donde Él estuvo.

Elkin Restrepo, Colombia

Reciclando

Cuando papá en un ataque de rabia mató al gato,
a mi gato Bartolo
porque metió la cola entre su caldo
y porque ya era viejo y no cazaba, como debía, ratones
y además era caro mantenerlo,
cuando papá borracho lo mató con sus manos,
hubo una gran algarabía en casa.
Vinieron todos, todos;
mi hermana dijo *guárdenme los ojos*
para un par de zarcillos, y Martino,
nuestro vecino ciego, se pidió las tripitas
—sirven para hacer cuerdas de violín—
y mi mamá, que al principio lloró, lloró conmigo,
quiso la piel
para ponerle cuello a su chaqueta,
y los bigotes

se los pidió mi hermano Eladio, el que es mecánico,
y los cojines de sus patas fueron
lindos alfileteros
para la bruja gorda que vive atrás del patio
y es modista.
Lo que sobró lo hirvieron con sal y con cebolla.
Se lo dieron a Luis, que duerme en nuestra calle,
pues también sirve el caldo de gato para el hambre.
Yo me pedí los huesos.
Uno a uno los muerdo delante del espejo de mi
hermana
porque dijo mi abuela
que al morder el que toca se vuelve uno invisible,
y eso quiero.

Piedad Bonnett, Colombia

Milacos

Los milacos tienen plumas brillantes en el lomo y en las alas. Los lunes son blancos y los sábados amarillos, pero los otros días son traslúcidos y no pueden ser vistos, aún bajo la luz de la lámpara.

En esos días, ellos mismos dudan de su propia existencia y esperan ansiosamente el sábado o el lunes próximos para cerciorarse de que no han desaparecido. Si un día miércoles la fortuna le proporciona un bostezo a un milaco, esto lo hará sentirse más seguro de sí mismo y le ayudará a darse cuenta de que no es su propia ilusión.

Los milacos dominan el sánscrito, pero nunca lo hablan, posiblemente porque no conocen a nadie con quien se puedan comunicar en esa lengua. Entre ellos no hablan porque, si llegan a hacerlo, les da nostalgia leprosa, insomnio febril u obsesión por oír la radio

Animales en la poesía

a todo volumen hasta que esto los conduce a una especie de frenesí que estalla en locura furiosa.

Darío Jaramillo Agudelo, Colombia

Respuesta al párroco

¿Por qué no aprendes a ser pacífico como la oveja?
Porque no quiero que trasquiles mi vellón.

William Blake, Inglaterra. Traducción de Pablo Mañé Garzón

La más pequeña abeja
multiplica el verano
con su gota de miel.
Y se alegra de que su parva
fracción acrezca
la cantidad de ámbar.

Emily Dickinson, Estados Unidos. Traducción de José Manuel Arango

El cóndor

Yo soy el cóndor, vuelo
sobre ti que caminas
y de pronto en un ruedo
de viento, pluma, garras,
te asalto y te levanto
en un ciclón silbante
de huracanado frío.

Y a mi torre de nieve,
a mi guarida negra
te llevo y sola vives,
y te llenas de plumas
y vuelas sobre el mundo,
inmóvil, en la altura.

Hembra cóndor, saltemos
sobre esta presa roja,

Animales en la poesía

desgarremos la vida
que pasa palpitando
y levantemos juntos
nuestro vuelo salvaje.

Pablo Neruda, Chile

La canción de los osos

Osos,
osos misteriosos,
yo os diré la canción
de vuestra misteriosa evocación.

Osos tristes y danzantes que los
zíngaros de cobre martirizan;
oso esclavo, oso fúnebre,
oso pobre, arrancado a las entrañas
de los montes del Tiro:
sé leer en vuestros ojos y podemos
hablar sobre Atta Troll...

Rubén Darío, Nicaragua

Espíritu de pájaro

Estos son los cantos a la madre tierra en tono mayor
son susurros que vienen de bosques lejanos
aquellas palabras esquivas que buscan ser gota en el
corazón humano.

Son tonos suaves como si dijéramos:

*«Vamos en silencio por los caminos húmedos de la vida
la hierba de la esperanza nos saluda entre la noche y sus
sombras*

*nuestras huellas se abrazan a la tierra y el granizo
canta*

entre las hojas del árbol

*somos el fuego de estrellas que se desprenden de la
bóveda azul*

anunciando el nuevo tiempo

*aquí estamos tejiendo el círculo de la mariposa
amarilla*

Poemas

*sembrando agua en los lugares desiertos,
en fin, somos espíritu de pájaro en pozos del ensueño».*

Fredy Chikangana, Colombia

Aves de mar

Para Margara Russotto

Del verde azul
y del oscuro al claro
en beata ineptitud se balancea
el nade pequeño
llamado guanaguanare.
Sobre las ondas deja
su blancura intacta
suspende su apetito
y calla su graznido
y ni siquiera el vuelo
de ese pelícano a su lado
puede arrancarlo
de su sueño.

Poemas

Si es sueño su olvido
si es olvido su comunión marina
si es callado el silencio musical
del apretado pico
y de su ojo abierto
el reflejo del espejo
de la luz moviendo
un solo corazón
dentro de tanta espera.

Martha L. Canfield, Uruguay

La sirena

Como le sucede a aquel a quien mata la sirena tras haberlo adormecido con su canto. Hay, en efecto, tres especies de sirenas, dos de las cuales son mitad mujer y mitad pez, la tercera es mitad mujer y mitad pájaro. Y las tres hacen música: una tocando la trompeta, la otra el arpa y la tercera cantando; y sus melodías son tan dulces que ningún hombre, por alejado que esté, puede oírlas sin sentirse obligado a ir hacia ellas. Cuando está cerca, se adormila, y cuando la sirena lo encuentra dormido, lo mata. Por ello, creo yo que la sirena es culpable de matarlo a traición y el hombre es culpable por fiarse de ella.

Y yo he muerto en circunstancias análogas, y ambos somos culpables. Mas no oso acusaros de traición y cargo con toda la culpa, diciendo que he muerto por mi propia mano. Porque, a pesar de haber sido

Poemas

capturado mientras os escuchaba la primera vez que me hablasteis, no habría tenido motivo de temer si hubiese sido sabio como la serpiente que custodia el bálsamo.

Richard de Fournival, Francia. Traducción de Rafael Antúnez

Un mono

El pequeño mono me mira...
¡Quisiera decirme
algo se le olvida!

José Juan Tablada, México

Índice general

Animales en la poesía	
<i>Luis Germán Sierra J.</i>	3
Kuyata	
<i>Jorge Luis Borges</i>	9
Poema con caballos rojos	
<i>María Granata</i>	10
Un cruce	
<i>Franz Kafka</i>	12
Insectos en la misa	
<i>Marosa di Giorgio</i>	15
Gato casero	
<i>Ezra Pound</i>	17
El gallinazo gira sobre los árboles	
<i>Lasse Soderberg</i>	18
La serpiente que danza	
<i>Charles Baudelaire</i>	19
El dragón azulado	
<i>Fernando Arbeláez</i>	22
A un perro	
<i>Luis Carlos López</i>	24
Ciervo	
<i>Giovanni Quessep</i>	26

Cervatillo	
<i>Meira Delmar</i>	27
Avechucho	
<i>Gustavo Adolfo Garcés</i>	29
Necoclí	
<i>María Mercedes Carranza</i>	30
Pez muerto	
<i>Samuel Jaramillo</i>	31
<i>En el bosque, al lado del mar</i>	
<i>Fernando Herrera Gómez</i>	33
<i>Sobre las colinas</i>	
<i>Javier Naranjo</i>	34
La perrita coja	
<i>Róbinson Quintero Ossa</i>	36
El loro	
<i>Saint John Perse</i>	37
<i>Giran, giran</i>	
<i>Álvaro Mutis</i>	38
Pájaros	
<i>Rafael Cadenas</i>	39
Cangrejos en el Morrosquillo	
<i>Tomás González</i>	40
Garcilla bueyera	
<i>Beatriz Restrepo Restrepo</i>	42

Poemas

El burro	
<i>Vasko Popa</i>	43
El gatopájaro	
<i>Evelio José Rosero</i>	44
Bestia mía	
<i>Daniel DÍA</i>	47
Habla la vaca (fragmento)	
<i>Luis Tejada</i>	49
Un pueblo de amos...	
<i>Elías Canetti</i>	50
La mosca	
<i>Leonard Cohen</i>	51
Una avispa sobre el agua	
<i>Coral Bracho</i>	52
Hormiga y faraona	
<i>Lucía Donadio</i>	53
Tulipanes rojos	
<i>Denise Levertov</i>	55
La mariposa	
<i>Claribel Alegría</i>	56
El armadillo	
<i>Elizabeth Bishop</i>	58
Olvidadas ya la libertad y la floresta	
<i>Alexandr Pushkin</i>	61

Verdor	
<i>Elkin Restrepo</i>	62
Reciclando	
<i>Piedad Bonnett</i>	64
Milacos	
<i>Darío Jaramillo Agudelo</i>	66
Respuesta al párroco	
<i>William Blake</i>	68
<i>La más pequeña abeja</i>	
<i>Emily Dickinson</i>	69
El cóndor	
<i>Pablo Neruda</i>	70
La canción de los osos	
<i>Rubén Darío</i>	72
Espíritu de pájaro	
<i>Fredy Chikangana</i>	73
Aves de mar	
<i>Martha L. Canfield</i>	75
La sirena	
<i>Richard de Fournival</i>	77
Un mono	
<i>José Juan Tablada</i>	79



Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13

Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co

Impreso en agosto de 2017



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Coedición:
Sistema de Bibliotecas
Facultad de Medicina**

Conoce todos los servicios de información y las colecciones físicas y electrónicas que te ofrece el Sistema de Bibliotecas, para apoyar las actividades de docencia, investigación y extensión de la Universidad de Antioquia.

<http://biblioteca.udea.edu.co>